

lencio á los clamores de júbilo. Besó la mano de la madre sin hablar palabra, y estuvo llorando en los brazos de su padre. Este lloraba también la pasada gloria, y por compasión á su hijo se había quitado del pecho la cruz de San Luís.

Semejante regreso, que ambas jóvenes se habían imaginado magnífico y triunfante, las llenó de estupor, y lo que todavía es mas extraño (eran casi de la misma edad y de igual estatura, y las facciones de la señorita de Silly habían engruesado un poco), el joven coronel tomó á Elisa por su hermana, y á su hermana por la forastera. Abrazó cariñosamente á la primera, saludó con política á la segunda; y no viendo que ésta se sonrojaba ni que aquella quedó cortada, se encerró en un gabinete lleno de libros, donde pasaba todos

los días triste y silencioso leyendo las guerras de Tucídides, los Comentarios de César ó los libros de Polibio. Estudiaba también los grandes capitanes, y á cada batalla ganada exhalaba un profundo suspiro. De este modo pasaba una vida austera y grave en medio de sus libros, buscando la soledad y con el semblante cubierto de sombría tristeza. Estrañándolo y disgustadas muy pronto con su indiferencia, murmuraban las jóvenes cada cual por su parte; la señorita de Silly le dijo en confianza á Elisa que si su hermano no la había conocido, ella sentía mucho hallarlo con aquel semblante tan triste.—Cuando dejó la casa paterna, decía suspirando mucho, era todo lo vivo y alegre que puede ser un joven; no hablaba sino de combates y de victorias, escribía sonetos y



Sobre los escalones del puente.—Dibujo de F. Lix.

canciones; era muy aficionado á la caza, y los domingos bailaba con las aldeanas debajo de los olmos. Si á veces no asistía á la fiesta el violinista del país, mi hermano mandaba buscar su violín y nos hacía bailar. En aquel tiempo gastaba hermosos trajes bordados y la cabellera rizada; no tenía bigote, mas en desquite una pluma que llevaba en el sombrero, recordaba el blanco penacho de la batalla de Ivry. En casa no se oía sino su voz y sus gritos en los bosques... ¡Lo han mudado á mi hermano! Se parece á un inglés puritano del tiempo de Cromwell, y si me dijeran que se ha hecho hugonote, no lo estrañaría.

Tales eran los discursos de la señorita de Silly con su joven amiga, quien lo que menos pensaba era tomar la defensa de aquel gallardo caballero, cuya conducta le parecía á la verdad mas propia de un rústico y mal criado que de un ca-

ballero que gastaba espada. Las dos jóvenes, que creían estar muy solas, tenían sus confianzas sentadas en los escalones de un puente rústico en la estremidad del parque, al murmullo del agua cristalina, y ambas estaban muy distantes de sospechar que el joven estaba oyendo á pesar suyo la conversacion de ellas debajo del arco del puente, donde se había detenido para ver correr el agua, lo cual es la señal de verdadera tendencia á cavilaciones. Al fin cuando ellas hubieron esplanado bien todas sus censuras regresaron al castillo cruzándose los brazos por debajo del talle, y su actitud denotaba que la conversacion interrumpida había continuado con mayor ahinco.

—¡Ah! se decía Mr. de Silly, cuando uno es batido en una parte, lo es en todas, y el día de hoy me acarrea una derrota mas.

Sin embargo, á la hora de cenar entró con el semblante mas risueño que de costumbre, y así que saludó á sus padres, hizo una atenta cortesía á las jóvenes señoritas. La mesa estuvo alegre; porque el anciano señor se hallaba en sus buenos instantes, y como era muy aficionado á proverbios, soltó dos ó tres uno sobre otro con gran satisfacción de los presentes.

—Ustedes se reirán, decia; pero mejor fuera que estuviesen algo formales. El proverbio es el eco de la sabiduría de las naciones.

—Señor, repuso el conde de Silly, esa sabiduría de las naciones se engaña con mucha frecuencia, y estoy muy incómodo con ella. Hoy mismo me ha hecho una mala pasada la sabiduría de las naciones. Está escrito: *al buen entendedor....* He oido cosas extrañas acerca de mí, las que no obstante, salian de encantadores labios. Si, por cierto, soy un rústico, un maniático, un tosco, un ciego, mal criado, ¿y qué mas? ¡un hugonote! Y tambien muy mal vestido, muy poco culto y caprichosamente melancólico.

A cada palabra que iba diciendo, puede calcularse lo grande que seria la confusion de las jóvenes y el gran rubor que se les presentaria en las mejillas. De buena gana habrian deseado que la conversacion tenida sobre el puente, hubiese sido debajo de tierra.

—Tú, hijo mio, no tienes buena suerte; pues en tu edad y guapo como eres, el menor eco deberia ser indulgente y grato. Muy favorable nos era cuando el rey, mi señor, y yo, no teniamos mas que veinte años. Tales fueron las confianzas de la señorita de La Valliere en el momento en que pasaba su majestad no lejos del sotillo de las Camaristas. ¡Qué lindas cosas oyó el rey!

—Esté vd. seguro, replicó el coronel de Silly, que al menos habian visto el perfil del rey ó alguna indiscreta rama habia crujido bajo los pies de éste. Pero si su majestad hubiese estado oculto en el bosquecillo de Latona, acaso habria oido verdades tan crueles.... ¡Pero qué importa! la verdad es muy bella y tiene muchos encantos, si se ha de creer el adagio.

Naturalmente, la señorita de Silly fué la primera en volver de su turbacion, y tomando muy pronto la ofensiva dijo con agradable sonrisa:

—La verdad es la que ofende, y el que se pica ajos come, dice el adagio.

La señorita de Silly era delicada y aguda, mas desde aquel instante se interrumpió la indiferencia ante el conde y las dos jóvenes, y restablecida la buena armonía, se paseaban y hablaban como antiguos amigos, tomando su parte á jóven Elisa en aquellas gratas y honestas expansiones.

En tan inocentes pasatiempos transcurrió de este modo el verano; mas cierto dia, cuando acababan de ensillar los caballos para dar un buen paseo, entraba en el patio del castillo una silla de posta cubierta de polvo. La gente de la casa, reunida ya en la plataforma, vió bajar á un hombre de edad mediana, que parecia ser un sacerdote cortesano que hubiese sido capitán de infantería antes de recibir las órdenes. Tenia elevada estatura y la cabeza hermosa; llevaba alzacuello y las botas sin espuelas. Su paso fácil indicaba un hombre de gabinete. Era el abate Vertot, historiador lleno de talento y de elocuencia, inteligente y con todas las dotes de un historiador, á escepcion de esa cualidad suprema que poco hace hemos indicado, la verdad. Cuidábase mucho menos

de ser verdadero que interesante, raro y curioso; y con tal que los materiales estuviesen á su alcance, se valia de ellos con mucho gusto; mas si era menester consultar papeles antiguos y buscar en el polvo de las bibliotecas un documento precioso, nuestro historiador prescindia de ellos aun con mayor gusto. Cierta dia que le prometieron una narracion auténtica del sitio de Malta, contestó:

—¡Ah! viene vd. demasiado tarde, *mi sitio está ya concluido.*

Esta celebre espresion del abate Vertot, ha tenido gran acogida y se cuenta hoy en el número de los proverbios.

El dia de que vamos hablando, llegaba directamente de París nuestro sacerdote, siendo portador de una gran noticia.

—Amigo, le dice al jóven, hoy se canta el *Te Deum* por la paz. Ya está vd. libre, y juntamente con la cruz de San Luis, le traigo la orden para que vuelva á su regimiento; y si vd. no tiene inconveniente, marcharemos esta misma noche.

Al oír esta inesperada nueva se vieron brillar de alegría los ojos del jóven, quien en aquel instante tenia seis codos, la talla de los héroes de Homero, y entregando al padre aquella cruz militar que con muy justo título habia ganado, le dice:

—Concédame vd. el honor de recibirla de su mano.

El anciano caballero, con mano tremula de alegría colocó la cruz de San Luis en el pecho de su hijo, y él mismo volvió á ponerse la cinta encarnada que se habia quitado para no aumentar la humillacion del hijo; pero inútilmente los padres le rogaron al jóven que se quedase todavia en el castillo nada mas que unos dias, para festejar su gloria; é inútilmente las jóvenes con sus silenciosas miradas le suplicaron que no se marchase tan pronto; el conde ardía en impaciencia sin saber como reprimir su júbilo, y besaba las manos de los padres diciéndoles:

—Déjenme vds. marchar. Vefase ya al frente de su regimiento, ó bien iba á saludar al rey en Versalles al salir de misa, y el rey lo invitaba para que fuera á Marly; mas si era de noche á la hora de recogerse, el rey le hacia dar la palmaria y alumbraba á su majestad hasta la puerta de su cámara; en fin, todas las ilusiones que puede formarse un jóven un momento antes vencido, prisionero y desarmado, que de repente vuelve á verse llamar á las filas por la poderosa voz de la guerra. Marchó, pues, concediendo apenas una última mirada á las dos jóvenes, quienes lo consideraban como se mira un sueño.

—Se va como vino, decia Elisa á la señorita de Silly.

—Buen viaje, añadia la señorita de Silly; no tardaré yo mucho en consolarme.

En efecto, estaba pensando en que su casamiento se hallaba decidido con un jóven caballero de las inmediaciones y que su esposo la acompañaria por los grandes prados, debajo de los antiguos árboles y por las espaciosas alamedas de que Elisa se despedia en voz baja para no volverlas á ver mas.

Y como está escrito que *una desgracia nunca viene sola*, á los pocos dias de haber marchado el jóven coronel, la señorita Elisa de Launay recibió una carta del convento en que era reina y al cual contaba volver cuanto antes. Abrió trémula aquella carta, cuyo sobre era de letra desconocida, y en lugar de las palabras maternales á que estaba habituada

y del afectuoso llamamiento de su querida abadesa y de la digna hermana de ésta, halló espresiones severas y un mandato formal para no volver al monasterio. Su amada abadesa había fallecido, dejando la casa tan empeñada, que su propia hermana se había visto en la necesidad de salir de ella. Las demás religiosas, cuyo dote en gran parte estaba perdido, fueron recogidas en los conventos inmediatos por la solicitud del arzobispo de Ruan, el hermano de Mr. de Colbert. De este modo la jóven Elisa careció de asilo para en adelante. Ayer todavía se trataba como igual con las mas nobles jóvenes del reino, y hoy está sola, abandonada y sin otro porvenir que emplearse en el servicio. Ayer todavía tenia muchos amigos y contaba con muchas protecciones; hoy no le queda sino un poco de dinero para ir á París y una carta de la señora de Gien, la sobreviviente de las dos hermanas, para la abadesa de las Miramionas, la digna hija de la amable y encantadora señora de Miramion, quien falleció ejercitando austeramente muy grandes y muy generosas virtudes, despues de formar un asilo admirable donde las jóvenes sin patrimonio y las infelices viudas hallarian socorro y proteccion. Este lugar de asilo tomó el nombre de su fundadora, y las hermanas se llamaban las *Miramionas*; aquí fué donde la huérfana era llamada, tanto por la voluntad de la madre adoptiva como por su pobreza.

II.

El golpe fué duro, y la infeliz abandonada tuvo un engaño al leer aquella carta fúnebre; pero afortunadamente tenia una gran alma cuyo temple no pudieron debilitar todos aquellos mimos maternos. Por lo que tranquila muy pronto, consideró con sangre fria su situación, contemplándola, si no con valor, al menos sin desesperarse. Lo que desde luego comprendió, aun en las miradas de la señorita de Silly, fué que en aquel gran naufragio no podia contar sino con su prudencia y resignacion. En aquel tiempo, el camino desde la provincia de Normandía á la corte era largo y penoso; por lo que la primera precaucion de la jóven, despues de haber buscado aunque inútilmente quien la acompañase, fué el tomar un traje que le permitiese ser desconocida. Marchó vestida de aldeana, y la señorita de Silly se despidió de ella sin conmoverse demasiado. El carruaje por asientos (segun se caminaba en aquella época) era un mal coche tirado por viejos caballos que andaban media jornada, y los viajeros se acostaban en las posadas todas las noches. No fijaron estos gran atencion en la jóven normanda, la que desde el segundo dia de este largo viaje fué adoptada, por decirlo así, por una anciana que le sirvió de rodrigon. En aquellos momentos la Francia entera se hallaba ocupada con la enfermedad de que el anciano rey Luis XIV debía sucumbir. Los viajeros preguntaban en cada parada las noticias que habia acerca del rey, no porque este continuara siendo popular, pues habia ya mucho tiempo que el amor de aquel pueblo injusto y voluble se habia retirado de su persona; sino porque la majestad real era tan grande, ocupaba tan alto puesto en este bajo mundo, que tan gran príncipe no podia desaparecer despues de un larguísimo reinado, sin que el reino entero se inquietara por semejante cambio en sus destinos.

En las mas humildes ventas, los carreteros mismos se informaban de la salud del monarca; y una noche estaban

bebiendo en la posada dos hombres de muy mal talante, mas parecidos á ladrones que á filósofos, quienes despues de hablar del rey, se pusieron á disputar sobre la pluralidad de los mundos, con gran estrañeza y satisfaccion de los viajeros. Al cabo de ocho dias de semejante camino por en medio de valles y montes, llegó el carruaje á la posada del *Plato de Estaño*, que segun es sabido, era el punto supremo y el parador de todos los reciénvenidos á París. Al punto de llegar, la anciana, que al parecer habia adoptado á la jóven huérfana, apenas le hizo un saludo y desapareció por entre aquellas encrucijadas llenas de gente. Esta previsora mujer tenia muchísimos medios de encargarse de una desgraciada que le habia referido sencillamente que ignoraba lo que iba á ser de ella. Ya la noche se venia encima, el tiempo estaba lluvioso, y la casa de las Miramionas se hallaba al otro extremo de París. La señorita de Launay, llevando debajo del brazo el corto equipo que salvó, se puso á andar de prisa hacia el barrio de Santiago; y habiendo llegado á la hospitalaria puerta de aquella casa donde estaba su postrer esperanza, le dijo la hermana tornera:

—¡Ah, hermana! no vaya vd. mas lejos; viene vd. á un punto habitado por el hambre y por la peste.

Efectivamente, el pan faltaba en aquel recinto opulento en otra época, y las viruelas ocasionaban grandísimos estragos. Cualquiera otra hubiese retrocedido delante de aquel doble riesgo del pan que falta y del contagio.

—Gracias á Dios, hermana, contestó la jóven viajera, llevo aquí para encontrar y para dar buenos ejemplos. Soy cristiana, y tengo valor; ábrame vd., que soy de las suyas.

Movida la hermana con las anteriores espresiones, abrió la puerta á aquella aventurera de la caridad, y tres dias despues falleció en sus brazos. Esto es lo que se llama entrar en el mundo bajo buenos auspicios. *O encima ó debajo*, decia á su hijo una madre espartana, al entregarle el escudo; es decir, que no abandonase á este nunca, y que en último caso se lo colocaran en el sepulcro. Hubiérase creído que la señorita de Launay obedecia aquella severa voz, y viva ó muerta, debia salir de aquel monasterio rodeada de respetos y honores.

Entretanto, debajo de las bóvedas de aquel palacio de Versalles, construido con sus manos para ser eterno, falleció el rey valeroso y dignamente, como siempre lo habia hecho todo. Sabia que su mal era incurable, y no obstante, en su actitud y en su mirada el hombre mas hábil no hubiera podido percibir sino la calma y la majestad. En su antecámara estaba aguardando, confundido entre la muchedumbre de cortesanos aduladores, el embajador de Prusia, y el rey, subido en el trono, lo recibió como en otro tiempo en los mejores dias de su vigorosa salud. Por la noche hubo gran reunion, banquete diplomático, y la presentacion de dos nuevas duquesas; los veinte y cuatro violines tocaron zarándas, con gran estrañeza del primer médico Fagon, y del cirujano Marechal. El rey no se acostó mas temprano que de costumbre, y al dia siguiente de esta recepcion del embajador, asistió al consejo de Estado, y cenó en su cuarto despues de haber tenido tertulia. De este modo en cada uno de sus últimos dias estuvo ocupado el rey, ya presidiendo el consejo de Estado, ya el de Hacienda, recibiendo á todos los ministros, y conferenciando con Mad. Maintenon, con el duque de Noailles, con el canceller, con el duque de Maine y á veces con el de Orleans. Tal era aquel *Júpiter mori-*

bundo, tranquilo y resignado; y viendo llorar á un ayuda de cámara, le dice: «¿Has creído que yo era inmortal?» Murió. Pocos lo lloraron entre todas aquellas personas que siempre habían estado arrodilladas delante de su omnipotencia. Entonces se hizo oír en toda Europa una voz. ¡El rey ha muerto! Todo el mundo lo llamaba *el rey*, sin decir nunca el rey de Francia. No obstante, con su muerte hubo en todo el reino un gran suspiro de consuelo; hallábanse cansados de aquella grandeza; Francia suspiraba por lo desconocido, y no sintió aquella vejez austera y silenciosa, abismada en toda especie de contemplaciones, de inquietudes y arrepentimientos.

Mientras que con gran pompa trasladaban á los panteones de San Dionisio el cadáver de aquel rey cristiano mientras que el P. Massillon, el elocuente sacerdote de la oratoria, escribía aquella oración fúnebre del rey Luis el Grande, cuyas primeras frases son sublimes y dignas de Bossuet: *¡Dios solo es grande, hermanos míos!* el convento de las Miramionas volvía poco á poco á restablecerse. En aquellas piadosas moradas había entrado algún consuelo y abundancia, y al punto que pudieron aquellas infelices dar gracias al cielo, postradas á los piés de los altares por haberse librado del contagio, el nombre de la señorita de Launay se repetía con sumo agradecimiento. Todo el tiempo



La señorita de Launay, según un grabado de la Biblioteca.—Dibujo de F. Lix.

que la enfermedad estuvo encrudecida, no había dejado la joven el lecho de las enfermas; era su esperanza y su consuelo; cerraba los ojos apagados, reanimaba con suaves palabras las almas abatidas, las jóvenes la llamaban hermana, las reverendas madres la denominaban hija; y cuando, por último, habló acerca de dejar aquel asilo cuya providencia acababa de ser, ¡cuántos gemidos y lágrimas no hubo! Le decían: «Vd. se marcha y nos deja, ¡y no nos volveremos á ver más!» Parecía que la miseria y la ruina iban á volver á aquellas triste paredes.

Mas así que la joven hubo declarado su voluntad decidida, entonces todas aquellas señoras conferenciaron para saber á quién dirigirían esta hija adoptiva. Al fin hubo una

que propuso dirigir la huérfana á una señora que en otro tiempo había estado en casa de la duquesa de Longueville, una de las reinas de París. Llamábase Mad. de La Croisette; era muy anciana y vivía muy lejos del mundo, después de haber sido la gracia y el ornato de las mejores sociedades. ¡Qué buenas historias había visto esta anciana! ¡cuántos misterios conservaba en su memoria! ¡Con qué celo y ardor hablaba de su antigua señora, una digna hija de los Condé, la heroína de la Fronda, dotada de tanto talento que su padre, el gran Condé, no poseía más, y que el duque de La Rochefoucauld hacía una reverencia cuando tenía que contestar á la duquesa de Longueville. De esta buena gente, llena de recuerdos, se sacan con facilidad todos los servi-

cios que pueden hacer, con tal que haya atención á sus discursos, y se escuchen pacientemente sus bellísimas historias. Así aconteció respecto á la señora de La Croisette, y despues de hablar á su placer acerca del tiempo pasado, y de celebrar á los victoriosos y conquistadores de otra época: Turena y La Fafayette, acabó por comprender al fin, que le rogaban apoyase á una persona honrada y de corazon, animosa y fina, que buscaba una buena casa donde poder entrar como señorita de compañía ó aya de alguna jóven.

La bondadosa señora de La Croisette, que naturalmente estaba inclinada al talento (hábito que habia adquirido en los salones del palacio de Soissons), despues de haber buscado á quién podria dirigir su protegida que no conocia, pensó recomendarla al mas estraor dinario y mas encantador talento entre los sobrevivientes del siglo XVII, á Mr. de Fontenelle. A la verdad era éste de buena casta, y muy á porpósito para dispensar una honrosa proteccion, siendo sobrino del gran Corneille, y tanto por la moderacion de su



Patio de la posada del *Plato de Estañó*.—Dibujo por F. Lix.

vida como por la gracia de su discurso, el escritor mas cumplido de aquella edad intermedia entre las grandes obras antiguas y los esfuerzos enteramente nuevos del talento. Era la prudencia personificada, y la sabiduría misma. Anádase que era afable y benévolo, apreciando á los hombres á pesar de conocerlos, y de verlos tales como son. Gustábale la buena sociedad, á la que pertenecía enteramente; entendía su idioma y conocia sus usos. Sabia las alianzas, los parentescos, y aun las amistades mas remotas de todas las casas distinguidas; y así, cuando hablaba en una reunion, en medio

de la atencion general, estaba seguro de no lastimar á nadie. Caminaba á pasos lentos y prudentes por la senda de la vejez, sin mostrar temerla. Este hombre es uno de los grandes ejemplos de la fuerza y autoridad del genio. No chocaba con nadie, por la inversa, cedia gustoso para dar lugar á los mas empeñados en llegar antes, y apenas se comprendia cómo se manejaba para llegar siempre el primero. Tenia una dulce sonrisa y una voz clara, en que se daba á entender una suave ironía. Era muy sábio, muy entendido, y reservadísimo. No se le acercaba todo el que queria. Los ambicio-

los le causaban pena, los avaros horror, y los malvados compasión. Además de esto tenía gran cuidado de su persona, sumo respeto á sí mismo, y profundísimo desprecio á la mentira y á la injuria. Murió casi centenar. Después de su muerte, hallaron en las boardillas del Palacio Real que habitaba, cuatro ó cinco enormes cajones llenos de legajos, folletos, periódicos, apuntes de noticias y millares de papeles que se habían escrito en contra suya, y de los cuales no abrió uno solo. Reinaba sobre ambas academias; había escrito idilios deliciosos, donde no se veían sino engalanadas pastoras, y pastores vestidos de terciopelo.

En las majadas de Mr. de Fontenelle no falta nada.... «Falta un lobo,» decía la señora Deshoulières. Tal era el hombre ingenioso y el entendido protector que iba á ser el árbitro de la señorita Elisa de Launay.

Mr. de Fontenelle había obtenido del duque de Orleans, quien lo honraba con una amistad sincera, un cuarto en el Palacio Real, que el príncipe habitaba con preferencia á todas sus posesiones. En el Palacio Real, en aquella espaciosa y espléndida habitación, marcada todavía con la grandeza del cardenal de Richelieu, es donde el príncipe deseaba hallar un asilo, y buscar un refugio lejos de las celosas miradas del anciano rey y de Mad. de Maintenon; y ahora que el duque de Orleans era regente de Francia, el único árbitro de la fortuna y de los honores, seguía prefiriendo el Palacio Real al de Versalles. En este era un extraño; cada departamento le recordaba una desgracia, una humillación, un desvío de los cortesanos; raza abyecta, habituada á componer su semblante por el del amo. Por la inversa, en el Palacio Real, en aquel París que lo amaba por su afabilidad y buen talento, el regente se hallaba á su placer. Estaba rodeado de artistas, de escritores y de filósofos; porque la filosofía estaba ya de moda; y si muchas veces sus comidas habían desagradado á las personas graves, nada igualaba su bondad y afable tono cuando se hallaba entre buena compañía. Tenía á la verdad muchas de las grandes virtudes y mas de un vicio del rey Enrique IV, su abuelo; únicamente que era mas generoso; daba con gusto; socorria á los ancianos, estimulaba á los jóvenes, y hacia poco caso de la etiqueta. Al mismo tiempo que á Fontenelle, alojaba en su palacio á Coypel, un gran artista; al grabador Audran, al poeta La Fare, al músico Campra, y al tocador de flauta Decoteaux. Era aficionado á oírlos y verlos; poeta con el poeta, y músico con los músicos; dibujaba con el grabador, y ocupábase de la química con el químico Homberg. Era un talento de invención, curioso, hábil, ingenioso, atreviéndose á todo y no dudando de nada. Tal era el regente; su buen gusto se veía por todas partes en aquellas paredes, donde acumulaba maravillas sobre maravillas; mármoles, bronce, pinturas, medallas y los mejores libros que pudo hallar. Parecía, al mismo tiempo, que acercándose al pueblo de París, comprendía mas pronto y mucho mejor sus pasiones, sus necesidades y sus esperanzas. Amaba al pueblo y lo tenía en su favor; decía que Versalles estaba ya muy lejos de los grandes barrios. En aquellos instantes no había en toda Europa un político mas activo ni mas ocupado que el regente, quien se había valido de aquella grandeza inesperada y muy nueva para él que le cupo en suerte, así que el Parlamento de París anuló la disposición testamentaria de Luis XIV, para vivir como verdadero vecino de París, algo mas de lo que hasta entonces lo había sido. No obstante, sus favorecidos, sus

afectos, y sobre todo su comensal Mr. de Fontenelle, habían ganado con aquellos cambios cierta apariencia de autoridad que no le disgustaba.

Mr. de Fontenelle recibió con política en un principio, y muy pronto con benevolencia, á la joven que la señora de La Croisette le recomendaba. Se interesó por la modestia de Elisa, y quedó encantado con aquella mirada sincera y llena de verdad que prometía suma gratitud y respeto. Y cuando al fin la joven, algo restablecida de su alteración, se sentó junto al célebre escritor, le dice éste:

—Usted se halla muy abandonada, y es desgraciada desde muy temprano, por lo que no podré ocultarle que mi amiga, la señora de La Croisette, es una cabeza veleidosa. Ponga usted atención, óigame, y no acepte todas las recomendaciones ni todos los protectorados. Si yo, que le estoy á usted hablando, atendiera á las recomendaciones que se me han hecho, la presentaría á vd. á la duquesa de Orleans, que es una mujer mala, á la de Berry, que es una loca, y vd. emprendería su carrera por en medio de todas esas vanidades, de todos esos orgullos, de todas esas miserables ambiciones y de todas esas frivolidades que podrían perderla; mas no se asuste vd., porque podremos muy bien hallar en alguna parte un asilo digno de su juventud y de su inocencia, y aun debe añadirse de su valor y de su resignación. Si vd. gusta, seré su amigo, y le buscaré una situación en que se halle resguardada contra el estruendo y vicios de nuestra corte.

Y mientras que con estas palabras prudentes la joven quedó cortada, Mr. de Fontenelle escribía con hábil y diestra mano una esquila para la duquesa de La Ferté.

—La duquesa de La Ferté, decía Fontenelle á la señorita de Launay, vive todavía en Versalles. Llévela vd. esta esquila, y procure agradarla. Es mujer omnipotente y de prudencia, y mas que nada le gusta la sencillez y el buen juicio. Permítame vd. ahora que le dé un buen consejo, y es el de no asemejarse al retrato que de vd. ha formado la señora de La Croisette, quien me ha dirigido á vd. aquí como persona muy entendida; pero yo la presento á vd. á la señora de La Ferté como una joven sencilla. Por tanto, evite vd. echarla de sabia, acuda á las mas sencillas expresiones, y recuerde que las señoras mas notables se contentan con encontrar quien las escuche. Poco después, cuando vd. haya mostrado que es hábil y prudente, le será permitido dejar entrever que es al mismo tiempo una persona instruida y de talento extraordinario.

Así hablaba Mr. de Fontenelle, con voz dulce y con penetrante acento. La señorita de Launay marchó á toda prisa á Versalles, á donde todos iban entonces, de modo que parecía que este sitio, aun después del fallecimiento del rey, era el único objeto de las pasiones, de las curiosidades y de las ambiciones humanas. No obstante, ya se habían ejecutado grandes cambios en aquellas moradas reales; pues el que las llenaba con su omnipotencia y con su majestad, no existía para imponer sus respetos parecidos al culto, y los antiguos cortesanos de los días de gloria y de prosperidad soberana, hubieran tenido dificultad en conocer aquel centro de todas las obediencias y de todas las sumisiones. Era siempre el mismo altar, mas no era el mismo dios. El dios doméstico era un niño tímido, asustado, encantador, y que trataba de vivir y no de mandar. Los moradores de aquel régio alcázar, muy sometidos poco antes, y viviendo en continua adoración, hablaban con mas alta voz y estaban en su casa.....

Mientras que el anciano rey había vivido, estaban en casa del rey. En poquísimo tiempo las acciones de aquellos eran menos criticadas, y los discursos menos reprimidos; los cortesanos volvían á levantar la cabeza, y nadie los hubiera conocido. La duquesa de La Ferté, cuyo esposo estaba al servicio del joven rey, se aburría mucho en aquella corte infantil, y su trato se resentía de sus aburrimientos. Después de leer y releer bien la carta de Mr. de Fontenelle, y de preguntar á la señorita de Launay como lo haría una reina con una súbdita, le dijo al fin:

—Es preciso que Mr. de Fontenelle tenga gran opinión de nuestros méritos para pedir unos una protección que él mismo podía muy bien concederle á vd. Por ahora es omnipotente, está inmediato al sol, y ve al verdadero dueño. Apenas tenemos el crédito suficiente para hacerle visitar á vd. el bosquecillo de Latona, ó hacerla entrar á la comida del rey.

Durante todo este discurso la señorita de Launay, atenta y con los ojos bajos, se asemejaba mas á una acusada que espera su sentencia, que á la joven libre y dichosa cuyo menor capricho era una orden hacia poco tiempo. ¡Ah! ¡cuán digna de compasión era, y cuánto trabajo tenía en reprimir las lágrimas que brotaban en sus hermosos ojos!

La señora de La Ferté se compadeció al fin algo de la joven; llamó á Enriqueta, su doncella, y le encargó que pasara por los jardines á la señorita de Launay, le diera de cenar, y le proporcionase una cama por aquella noche, y dijo:

—Acaso mañana tendremos alguna idea, y hallaremos ocasión de poder ayudarla á vd.

Al decir estas palabras, la señora de La Ferté despidió con un ademán de cabeza á la infeliz huérfana. Afortunadamente la joven Enriqueta era buena, y reanimó muy pronto la esperanza en el corazón de aquella desgraciada.

—¡Ah! dijo, ¿vd. viene de parte de Mr. de Fontenelle, y ha sido tan mal recibida? No obstante, es un buen amigo de la señora duquesa, quien á todas horas habla de él diciendo: «Es mi oráculo: ¡qué gran talento, qué bien criado es! Nunca viene por aquí sin preguntarme cómo estoy, ni sin añadir que se halla enteramente á mis órdenes.» Yo también estoy á las órdenes de vd., y la adopto para servirla, diciéndole que es hermosa y acomodada para todo, porque es prudente y joven, afable y con mucho talento. Vengase vd. conmigo, é iremos á saludar á la duquesa de Noailles, que es caritativa y la consolará mucho mejor que su hermana la señora duquesa de La Ferté, que es orgullosa, y nunca se rebajará hasta proteger á una joven de humilde linaje. Mr. de Fontenelle tiene mucho talento, pero yo tengo buen juicio y veo claro; conozco los buenos senderos: vd. verá á la señora de Noailles, quien hará referirle toda su historia, y volverá muy animada. Al cabo esto será mucho mejor que ver correr las aguas de nuestros jardines, que apenas corren, y asistir á la cena del rey niño, que come una manzana cocida.

Al mismo tiempo la bondadosa Enriqueta arreglaba los cabellos de su joven protegida, le pasaba por el semblante un lienzo humedecido, y sacudía su ropa un poco ajada.

—Ahora está vd. muy bien, le dijo; completamente bien.

En seguida entraron en casa de la duquesa de Noailles, en el instante en que ésta acababa de escribir una carta á su tía, Mad. de Maintenon, retirada entonces con sus hijas de la casa de Saint-Cyr. La señora de Noailles era tan afable y humilde, como la señora de La Ferté era vana y soberbia. Oyó risueña la solicitud de Enriqueta, y alargó su hermosa

mano á la joven desconocida. Cuando la señorita de Launay le hubo referido las palabras de Mr. de Fontenelles, contó la duquesa de Noailles:

—Tiene razón; el Palacio Real no conviene para una joven de la condición de vd. Yo represento aquí á Mad. de Maintenon, mi tía, y quiero en su nombre hacer una buena obra que después le referiré, y por lo cual me dará mañana las gracias. Querida, añadió después de un instante de silencio, ahora que Mad. de Maintenon ha marchado, dejándonos para siempre, no hay refugio en nuestro corazón para una joven como vd. No obstante, conozco uno todavía donde han acudido las antiguas personas respetables; quiero hablar de la casa de S. A. R. el duque de Maine. Perseguido de la mala fortuna, y cruelmente despojado de los honores que el anciano rey le legara, se ha retirado á esa casa y á esos jardines de Sceaux, donde ya hubiera olvidado todas las injusticias que le han hecho, si su esposa no las tuviese presentes. Mas en semejante soledad es la duquesa todavía reina, y ahí es donde quiero introducirla á vd. En esos sitios, completamente llenos de los tristes recuerdos de un tiempo que ya pasó, vivirá vd. modesta y oculta en medio de buenos ejemplos, y será vd. fácilmente una cristina humilde y una fiel servidora, porque en adelante ese es su destino. Es humilde como la condición de vd.; pero le bastará si vd. es prudente.

Habiendo hablado así, la señora de Noailles, entregó á la joven Eloisa varias monedas de oro que ésta necesitaba mucho, y su nombre, nada mas que su nombre, en una tarjeta, para que se presentara á Mr. de Malezieux. La señorita de Launay besó la mano que le alargó la duquesa, y se retiró con el corazón lleno de gratitud, pero muy triste y muy desgraciado.

—¡En qué vendrán á parar, decía para sí, todas estas pruebas! y confusa leía y volvía á leer el nombre de Mr. de Malezieux.

Al día siguiente, muy temprano, se despidió de la joven Enriqueta, á quien quiso hacerle aceptar una moneda de oro; pero aquella, abrazándola cariñosamente, le dice:

—Guárdese vd. su oro; pues aunque es verdad que hace ya mucho tiempo que mi ama no me da nada, al menos tengo un acomodo, y vd. busca el suyo. Conque adios; no tenga vd. orgullo, sea sumisa, y pídale á Dios su ayuda.

La señorita de Launay salió de Versalles sin haber tenido el honor de volver á ver á la duquesa de La Ferté. Todo dormía en aquel espacioso palacio; porque ya había pasado el tiempo en que los cortesanos, habiendo llegado antes del día para saludar á su señor cuando despertara, estaban esperando el capricho del conserje, y tocaban á su puerta con tanto respeto, como si éste hubiese tenido las llaves de las principales habitaciones.

(Se concluirá.)

CIENCIAS. Oid, lector, toda la enseñanza de una función vital: la sangre es un líquido colorado; este líquido es llevado á las estremidades por los vasos capilares; á los vasos capilares lo llevan las arterias; á las arterias lo manda el corazón; el corazón lo manda en virtud de su contractilidad: la contractilidad es..... la contractilidad, ni el inteligente señor Corral, ni yo, ni nadie, sabemos lo que es. Y aunque

sea perjudicando á los iniciados en las ciencias fisiológicas, voy á revelar el secreto, ó sea la fórmula sacramental, por medio de la cual la ciencia humana describe todas las funciones vitales. La locomoción, por ejemplo, es un fenómeno singular, que se realiza por efecto de una causa particular, llamada voluntad. Y así de todas las demás. Es decir, que para los fisiólogos, todas las funciones vitales no son mas que fenómenos *singulares*, que se efectúan por causas *particulares*. ¿No es verdad, mi querido maestro, que todas las funciones de la vida no son mas que cosas *muy singulares*, que tienen efecto por causas *muy particulares*? Que me diga el lector si saber esto no es lo mismo que no saber absolutamente nada.

CAMPOAMOR.

PONCE DE LEON.

LEYENDA HISTORICA.

1418.

I.

AMOR Y LEALTAD.

Principiaba Alonso V de Aragon su reinado, imitando á su buen padre en la firmeza con que empuñaba el cetro. El reino se veía alterado por las pretensiones del papa Luna, que desde Peñíscola, como pudiera desde el Vaticano, quería imponer su supremo poder al orbe católico. En Cataluña la nobleza se levantaba, y el vizconde Guillen de Narbona se declaraba contra el rey de Aragon. En Córcega y Sicilia tambien el partido de este monarca tenia que luchar para continuar su dominio.

En todos los siglos la fuerza ha tenido que apoyarse en el talento; ha tenido que contar con la diplomacia.

Alonso fué muy afortunado en todas sus negociaciones, gracias al tacto de su consejero y ministro Ponce de Leon, que reunia al valor del guerrero la prudencia del hombre de Estado. Educado por su familia, que era de las mas nobles del reino, como convenia á un caballero en aquellos tiempos, pasó su infancia en el alcázar de los reyes de Aragon, compartiendo los juegos y entretenimientos del príncipe Alonso, que contaba casi su misma edad. El cariño que se desarrolla en esta época de la vida, casi nunca se olvida. Alonso rey, llamó á su lado á su amigo Ponce de Leon. Llevado al puesto que ocupaba por su nacimiento y su talento, jamás desmintió con ningún hecho el ser digno de la completa confianza de su señor. De bella presencia, afable, discreto y lleno de bondad para todo el mundo, el joven ministro ocupaba su elevado puesto con general satisfaccion, sin embargo de que secretamente germinaba la envidia entre algunos individuos de la alta nobleza, no por las distinciones que se le prodigaban, sino por el sobresaliente mérito que le hacia acreedor á ellas. Con tales circunstancias, parecia que nada habia de disputar el favor de que gozaba; pero la fortuna vende muy caros sus favores. A pesar de sus bellas cualidades y de sus ventajas físicas y morales que en otra esfera hubieran bastado para hacerle feliz, en su ele-

vada posicion estas mismas recomendables prendas habian de ser causa de sus desventuras.

La joven y tierna doña María de Aragon, hermana de Alonso, veia todos los dias al ministro, ya cuando estaba en la cámara del rey, ó bien cuando pasaba á la suya á cumplimentarla... La infanta doña María de Aragon no cedia en hermosura á ninguna dama de la corte, y Ponce de Leon, que habia hecho enfermar de amor á algunas de estas, fué objeto para doña María en poco tiempo, de un sentimiento mas vivo que la amistad que hasta entonces habia dispensado al favorito de su hermano. Lejos de ahogar ó combatir una inclinacion que principiaba á echar raices en su corazon, dejó hablar sus ojos, que tradujeron con sus ardientes y apasionadas miradas, el sentimiento que dominaba su alma.

No se escaparon á la penetracion de Ponce tan significativas demostraciones; pero por mas que le halagara su vanidad semejante amor, era ante todo noble y fiel á su señora y consideraba una traicion el aceptar el amor de doña María cuando sabia los designios del rey, que la habia prometido en matrimonio á don Juan II de Castilla, en cuyas negociaciones habia él mismo intervenido como secretario y ministro de Alonso. Comprendió desde el primer momento su deber, y revistiendo su corazon con la fuerte coraza de la fidelidad, pudo mirar impassible la deslumbradora hermosura de doña María y el dulce amor que le brindaban sus bellos ojos. Penetrado, pues, de su obligacion, formó su plan de conducta para en lo sucesivo, creyendo que la frialdad con que acogiese las distinciones de la infanta, bastaria para que resintiéndose su orgullo de mujer, se curase de su passion. Desde aquel día en cuantas ocasiones veia á doña María, á pesar de que sus ojos le decian el amor de que estaba poseida su alma, los suyos, serenos siempre, no le demostraban otra cosa que una respetuosa adhesion.

El capricho se desvanece, el amor se irrita. Doña María, aunque veia claramente el desamor de Ponce, llegó á enloquecer de tal manera, que su único y esclusivo pensamiento era poder declarar á su insensible caballero el amor que por él sentia, aumentado por la indiferencia de éste, cuyo heroismo estaba muy lejos de comprender. Decidida á romper el silencio á toda costa, solo esperaba una ocasion en que, escudada por su rango y por el respeto que merecian las damas en aquel tiempo, pudiese hacerlo de un modo que dejase á cubierto su decoro. Esta ocasion se presentó al fin, y doña María la aprovechó, porque su ansiedad era tal que no descansara hasta lograr su objeto.

Alonso, amante de la guerra por entusiasmo é inclinacion, amaba tambien la caza con delirio, y haciendo ya tiempo que no habia disfrutado de este placer, aprovechó un intervalo de calma por que pasaba su corte, para encargar á su montero mayor una gran batida. Doña María, que amaba á su hermano con predileccion, á pesar de la hora intempestiva en que se habia de verificar este ejercicio, que estaba anunciado para el amanecer, pidió acompañar al rey con algunas de sus damas, y aunque éste se opuso en un principio, vista su insistencia, accedió á su deseo. La hora llegó. Puesta en marcha la cabalgata en direccion á los cotos reales, Alonso encargó á su ministro el cuidado de su hermana, con lo que se anticipó á los deseos de ésta, que iba ya á elegirle como su caballero en la jornada.

Señalados por el montero mayor los puestos que cada uno